

YO TE ADORO, AZNAVOUR

POR PERDER un avión, gané París. Un día y una noche me bastaron para conocer la ciudad entera.

El retraso no había sido mi culpa. Al igual que otros pasajeros, iba a tener que pasar veinticuatro horas en la ciudad. “Este contratiempo es intolerable”, me quejé, enojadísimo, aporreando el mostrador como si yo hubiera sido un empresario al que perder un día le significaba millones de dólares. Los empleados observaron el aspecto desalineado de mis 23 años —jeans, buzo con la cara de Kurt Cobain, zapatillas de básquet, gorrito de lana— y luego dijeron lo que ya tenían pensado decirle a todos los pasajeros: “no se preocupe, señor, la aerolínea se hará cargo de los gastos de su estadía”. Primero lo dijeron en francés, de eso estoy seguro porque yo no sé francés y no capté nada, excep-

to la noción de no estar captando nada en francés. Después lo repitieron todo entretejiendo inglés con algo de castellano: ahí sí entendí. A su vez, por la expresión de alegría que se formó en mi cara, ellos entendieron que yo no sólo no perdía una fortuna por quedar anclado en París durante un día, sino que además estaba encantado con aquel regalo. Sus sonrisas irónicas me indignaron: de seguro aquellos empleaduchos creían que yo era uno de esos jóvenes que viajan de regreso a Sudamérica sin llevar en el bolsillo ni siquiera un mísero billete partido por la mitad; cosa que, en mi caso, era absolutamente cierta. Yo regresaba a Argentina casi sin dinero; volvía de visitar a mi vieja, quien por entonces ya vivía en Suiza (mi madre en Ginebra con otro hombre, mi padre en Rosario con otra mujer: eso es separarse en serio y no macanas). La verdad es que yo no tenía ningún apuro en volver: con gusto me hubiera quedado viviendo en París por cuenta de la compañía aérea durante el resto de mi vida. Pero no, iba a quedarme un día, un sólo día para conocer París. ¿Por dónde empezar?

Se empieza corriendo hacia la Tour Eiffel, aunque al llegar se comprueba que a) uno es un idiota sin imaginación cuyo cerebro se prosterna ante íconos que parecen haber sido estampados sobre su blanda superficie

con sellos de metal candente durante años y años; y b) que esa jirafa de fierro viejo es el cuadrúpedo más alto del mundo. Entonces se suspira: ah, el día que cuente de mi paso por París no mencionaré la visita a la Tour Eiffel porque es tan obvia que entonces nadie me creerá que de verdad estuve en París, que la recorrí toda en un sólo día, y que ese día pareció mejorar un poco cuando un turista norteamericano, que filmaba con una camarita digital la alfombra verde del Champ de Mars, me dio el dato: si lo que yo quería era ver París de un sólo vistazo, tenía que ir a la Tour de Montparnasse.

Y allá fui, hijo de padres divorciados que se maneja con soltura en las grandes urbes del mundo. Media docena de estaciones después, emergí del metro y seguí raudo hacia las alturas: subí al último piso de la torre de Montparnasse. Allá arriba, metí monedas en todos los catalejos, exprimí el horizonte parisino como un pirata que busca la isla de un tesoro y, de toda esa gigantesca maqueta de la gran ciudad, pude reconocer algunos edificios, como por ejemplo: la Tour Eiffel y ninguno más. Todos los turistas en el mirador señalaban allá tal cosa, acá tal otra, refregándome en la cara sus guías de viaje y sus estadías de quince días en París para conocerlo todo, y yo: un mísero día. Yo: perdido, desorientado, como en otro planeta, pero intrigado de repente por una sola cosa:

¿y ese barrio de casas tan pequeñas ahí abajo, cerca de la torre? Parecía rallado, hecho migajas, construcciones demasiado pequeñas. Intriga absoluta. No puede ser, un barrio de calles angostas y casitas enanas... Resistí todo lo que pude, pero al final me rendí y consulté uno de los mapas del mirador. Tardé un poco en descifrar que no se trataba de un barrio en miniatura: era el cementerio de Montparnasse.

Bajé de la gigantesca torre con un sentimiento de estafa total, odiando al yanqui de la camarita y odiando la ciudad, mientras el elevador metálico se dejaba caer a la buena de Newton por su túnel vertical. ¡Eso era París! ¡La ciudad luz! Bah. Caminé sin sentido, me aburrí durante cien metros, me puse melancólico durante los cien siguientes; extrañé Rosario, luego Ginebra. Mientras tanto, se nubló: lo único que faltaba, que lloviera. Soledad, paredón ¿y después? El cementerio.

Todo me daba igual: entré. En un cartel leí la nómina de los famosos enterrados ahí con la sensación de estar consultando un menú. De pronto encontré un nombre conocido. Idea. Fui hasta la florería de la esquina, en mi mejor francés extendí mi dedo índice y señalé una flor amarilla sin abrir la boca; después levanté el mismo índice para significar el número uno. La mujer del puesto me entregó una flor amarilla. El francés no era tan

difícil, después de todo. Pagué con un par de mis últimas monedas y volví al cementerio. Entré, suspiré, cada vez más nubes, oh, sí: así era mi vida en París.

¿Encontraría a Cortázar? Fue complicado, las callecitas de esa ciudad pigmea no estaban muy señalizadas que digamos, y los vecinos de la zona ni hablar de dar indicaciones, tuve que dar varias vueltas como una hormiga que deambula perdida en una caja de chocolates bañados en mármol. Ya iba a desistir, pero en eso vi a lo lejos a una pelirroja arrebujaada en un sobretodo negro. Cuando uno no tiene un rumbo definido, cuando está rodeado de tumbas por todas partes pero hay una pelirroja en el horizonte, entonces uno camina hacia ese ocaso de cabellos incandescentes: no hay otra alternativa. Para verla de cerca, al menos.

Y así fue que, al pasar junto a la pelirroja, noté que ella tenía la vista clavada en el suelo; entonces miré yo también y ahí estaba: Julio, cuadradito y mármol, junto a Carol Dunlop, mármol y cuadradita. Me agaché y puse mi flor amarilla sobre la piedra blanca; en eso, la pelirroja soltó un sollozo que me sobresaltó. Giré para descubrir que ella tenía los ojos anegados en lágrimas, dos ojazos verdes inundados de lágrimas. No me dejé impresionar (si ella hubiera tenido tres ojazos verdes inundados de lágrimas, entonces sí me hubiera impresionado).

Estos fanáticos de Cortázar, a veces parece que juegan a ver quién lo quiere más.

¿Qué hacer? En mi mejor francés le sonreí y de inmediato recuperé la flor: una emergencia, Julio, sabrás comprender... Le di la flor a ella y le dije, suponiendo (mal) que si la mina leía a Cortázar entonces entendería (bien) el castellano: “no llores, somos todos inmortales”. La mina, la pelirroja, parece que entendió porque aceptó la flor, dijo *merci* y sonrió. En sus ojos verdes se secaron las lágrimas y el rímel se salvó de gotear como la cera de una vela negra sobre las mejillas pálidas de la pelirroja, con la que salí del cementerio rumbo a un café.

Un café de París: yo no sabía que iba a uno cuando salí del cementerio, y creo que la colorette tampoco lo sabía. Pero, ya en la calle, como quien no quiere la cosa, extendí mi francés dedo hacia un café que, visto desde el cielo, tenía que parecerse a una máquina de escribir antigua, de esas cuyas teclas tienen bordes de metal, debido a las cuatro hileras de mesitas redondas que se apretaban sobre la vereda; sus respectivas sillas estaban ordenadas como en un teatro cuyo escenario fuese la calle que la bermeja y yo cruzábamos en ese momento, yo mirándola a ella con mi dedo extendido hacia el café parisino y las cejas muy arqueadas (pregunta). La roja aceptó, y así fue que nos internamos entre las teclas de

la máquina de escribir y nos sentamos en la F, o la G, no sé. “Yo hablo muy poco español, pero yo lo entiendo bien”, me dijo ella en un castellano bastante choto; pero yo —que no soy rey ni académico ni español— jamás me pongo en plan Real Academia Española, así que le sonreí. En el cuenco de mi corazón percibía una nueva tibieza. Minutos antes yo estaba solo en un cementerio; ahora tenía alguien con quien hablar. Me di cuenta de que en toda mi vida yo no había tenido muchas más ambiciones que ésa: tener alguien con quien charlar sobre la mesa de un café.

Pero, hablar: qué trampa. Cómo te llamas, y tú de dónde eres y todo lo demás... Sobre dos cafecitos mínimos, entramos en ese vulgar ping-pong y así, sin querer, todas las mágicas posibilidades del encuentro inicial se fueron desgranando. Zozobrábamos en esas trivialidades, la nuestra era una conversación que iba por los carriles correctos y justamente por eso pronto moriría de buena salud. El día se iba. Uno no tiene 23 años toda la vida; hay que actuar, decir algo gracioso; uno no tiene un día en París toda la vida, hay que sonreír, gustar, insinuar; uno no tiene una pelirroja sentada ahí toda la vida. Quise hablar de Cortázar, pero no me acordaba gran cosa. Al parecer ella sí, pero en francés... No le entendía bien, estudiaba letras, o filosofía, ¿o teatro? Ya no

me acuerdo. Lo que sí me acuerdo es que el diálogo no funcionaba; hasta la flor se marchitaba cruzando el círculo de la mesa. Luego de un silencio incómodo, la roja mujer me dejó: fue al baño. Y ahí, mientras la pelirroja andaba de toilette, mientras París y mi cabeza eran ya una sola nube, en ese momento, me resigné: me di cuenta de que ya nada dependía de mí. Había llegado hasta donde había podido, mi vida iba por la única senda posible. En un par de días estaría de vuelta en Rosario, visitando el Gigante de Arroyito cada dos semanas, o tomando algo en alguno de los bares del Bajo, mirando el fluir de un río de verdad, no como los europeos, esos hilitos que se cruzaban de un salto. Así de irónica fluía y se deshilachaba mi vida: mi padre, un abstemio en Rosario; mi madre, una atea en Ginebra; y yo, un paria sin esperanzas al que se le diluía una pelirroja en París.

La mina se demoraba. Yo, distraído. Y ya se sabe: las distracciones son fatales. Sin pensar en lo que hacía (sin pensar en nada: por eso sucedió), cerré los ojos, apoyé un codo en la mesa, la mejilla en el puño y con la cara medio deformada empecé a cantar en voz baja una canción de Charles Aznavour.

No lo pude evitar. Siempre, esté donde esté, el fondo de mis pensamientos es una canción cualquiera del banco de canciones almacenado en mi cabeza. Si

estoy muy preocupado por algo, si estoy muy concentrado en alguna cuestión, entonces el volumen de mis pensamientos tapa esa música. Pero si me distraigo, si me relajo, si no pienso en nada, como cuando se camina mirando las nubes o se espera en un café de París... entonces la canción sale a flote, y a veces puede llegar a mis labios sin que yo me dé cuenta.

¿Por qué Aznavour? Porque nuestro cerebro está marcado a fuego no sólo por íconos: también por sonidos de alarma, canciones de cuna o rondas infantiles, *jingles*, himnos... Por la música, esa memoria.

Memoria, niñez: asiento trasero del auto familiar, cuatro personas escuchando un cassette, siempre el mismo. Salíamos de paseo, a veces durante todo un fin de semana, y mis padres siempre se olvidaban de llevar música para el viaje. ¿Y cuál era el único cassette que habitaba en la guantera del auto? *Charles Aznavour canta en español*. Por supuesto que a mis padres les encantaba. Supongo que les parecería romántico, que les recordaría sus largos años de noviazgo, su juventud perdida... Pero a mí y a mi hermano mayor (un nuevo suizo algo extraviado, a quien yo venía de visitar) aquella música nos resultaba tan empalagosa y repugnante como hacer saltos ornamentales en una pileta llena de miel. Sin embargo, diez años después, cuando mi hermano y

yo ya nos habíamos transformado en dos adolescentes insufribles, a veces llegamos a poner nosotros mismos todos los discos de Aznavour que había en la casa, uno tras otro. No porque así recordásemos con cariño nuestra infancia de Peugeot 504, ni porque la música de Aznavour despertara un pobre amor en nuestros púberes corazones... sino porque nos hacía reír. Lisa y llanamente. Nos cagábamos de risa escuchando a Aznavour en español. Era automático. Primero arrancábamos sin prestarle mucha atención, con algunas risitas aisladas cuando lo escuchábamos pronunciando mal alguna palabra, o por alguna rima fácil, o por un verso que el traductor había tenido que retorcer de forma ridícula para hacerlo entrar en la métrica y el acento de la canción francesa. Poco a poco todo nos iba pareciendo chistoso: con “Buen aniversario”, por ejemplo, nos comenzaba a ganar la hilaridad, la letra y la entonación dramática nos hacía el efecto de una canción de Les Luthiers. Luego, cuando comenzaba aquel tema sabiamente titulado “Idiota, te quiero”, mi hermano me señalaba con un índice acusador y, mientras movía la cadera como un bailarín de música disco, simulaba cantar sobre la voz de Charles (por supuesto que yo hacía lo mismo y lo señalaba a él). A esa altura ya nos dominaban unas carcajadas salvajes. Pero el éxtasis llegaba cuando Aznavour,

más que cantar, comenzaba a declamar los versos de “Isabel”: en ese punto mi hermano y yo no resistíamos más. Estallábamos, no podíamos creer que existiera en el mundo una canción tan imbécil. El paroxismo nos derrumbaba, terminábamos tirados en la alfombra, quebrados de risa, las lágrimas corriendo frías desde los ojos hasta las orejas.

A veces nuestros padres nos encontraban así, en plena orgía aznavouriana, y entonces medio se ofendían (sobre todo mi madre, si era que nos había encontrado remedando el patetismo fúnebre de “Adiós a la mamá”). Nuestros padres no podían entender que nosotros no escucháramos aquella música de la misma manera que ellos. Nuestros oídos no podían percibir aquellas canciones con la naturalidad directa de los suyos; para nosotros aquello era la crema de lo cursi, y si nos provocaba algún placer, ese placer no provenía de la boca de Aznavour, sino de nuestros propios oídos, obturados por un tapón de tiempo que convertía esa voz saliendo del estéreo en una parodia de sí misma, en una caricatura demodé que nos arrinconaba contra la risa y la burla, lo que sin querer aumentaba la brecha de incomprensión entre dos generaciones. Pero al quiebre horizontal que esa brecha hubiera podido producir (padres por un lado, hijos por otro), se le adelantó una creciente intolerancia

entre mis padres que resultó en un quiebre vertical: un hijo con la mamá, en Suiza; el otro con el papá, en Argentina. O solo en París, por un día.

Así fue: me traicionó París, me traicionaron sus calles torcidas y sus cafés, sus panaderías de donde la gente sale con una *baguette* pegada en la mano, las nubes y el cielo de París me traicionaron; bajé la guardia y, al disiparse todo pensamiento, en mi cabeza no quedó nada más que una canción de Charles Aznavour. Cuando la pelirroja volvió del baño, me encontró medio derretido sobre la gran tecla F (o la G, no sé), con los ojos cerrados y cantando a media voz: *ven... ven a mí / ven, no tardes más / ven, por favor / ¡te ruego yo! / no podré esperar...*

Abrí los ojos, la vi ahí parada y casi me caigo de la silla, quise desmaterializarme de vergüenza. La flaquita, en cambio, tenía convulsiones de la risa. Precisar por qué se reía así hubiera sido difícil. De seguro no lo hacía por las mismas razones que alguna vez me habían llevado a mí a reírme de esas canciones. Ella se reía... quizás porque la canción era vieja y hacía mucho que no la escuchaba, o porque yo la cantaba en castellano pero imitando (a la perfección, debo decir) el acento de Aznavour... O porque ella no esperaba algo así de mí. Pero en seguida me di cuenta de que no importaba por

qué se reía mi pelirroge. “Otra, una más, por favor”, ya me rogaba ella, entrelazando los dedos finos de sus manos finas. Yo primero sonreí con nerviosismo, con alguna vergüenza por nuestros vecinos de mesa, demasiado cercanos; pero, ya jugado, me animé y atacé con “Debes saber”. Ella seguía con deleite las palabras en castellano: con sus ojos clavados en mis labios trataba de pronunciarlas, mientras seguramente iba recordando la canción en francés. Al terminar, un rayo de sol se filtró entre unas nubes y me pareció que todo revivía, en especial la flor amarilla sobre la mesita redonda.

A partir de ahí, canté sin parar: rememoré la desolación de “Venecia sin ti” y también ese himno a los celos del futuro llamado “Quién”. Entonces la pelirroge, que no paraba de divertirse conmigo, me clavó sus ojazos verdes y me dijo: “vamos, voy a mostrarte París”.

Pagó ella los cafés y en el camino yo pagué el precio de su roja compañía: tuve que seguir cantando en el metro. Ya posesionado, exagerando el personaje, levanté una mano hacia el techo del túnel y le canté: *el cielo a prisa teje un chal de lana / mas no te llenes de temor, mi amor / cuando el invierno apague el sol, mañana: / yo te daré calor, yo te daré calor...* y sin dudar, más aznavourizado que nunca, le prometí que arrojaría los muebles a las llamas por ella si llegaba a tener frío algu-

na vez. Kurt Cobain no entendía nada, yo le cantaba a la pequipálida colorette como si fuéramos dos enamorados de toda la vida, y ella ahora se divertía y jugaba conmigo, participaba en la comedia: si yo la tomaba de las manos en el vagón del metro, ella hacía un ampuloso paso de baile, y entonces yo le susurraba las letras al oído y ella suspiraba sobre la flor inmortal, aunque a veces yo casi le tenía que gritar las canciones debido al estruendo del tren, que amenazaba con anular mi voz; y por tanto (¡y también canté ésa!), un par de veces quedé cantando en voz demasiado alta cuando el tren se callaba al llegar a una estación. Entonces alguna gente se soltaba de la indiferencia subterránea y se reía, “¡está cantando Aznavour en español!”; decían; estoy seguro que decían eso, porque yo francés no entiendo pero de gente que me mira y se ríe, sí. Pero a mí ya no me importaba nada, porque la colorrouge estaba conmigo y se reía con todos sus dientes blancos y sus pecas y su pelo ardiendo bajo tierra. En Réamur Sébastopol, yo le juraba: *los que dicen / y predicen / que debemos / fracasar / yo los ignoro / y te adoro / ¡cada día aún más!* Al terminar, ya en otro tren y para coronar nuestra risa, una señora algo despistada quiso darme unas monedas.

Reaparecimos para el mundo en la estación Porte de Bagnolet; habíamos viajado por medio París, pero

por debajo de la tierra. Ahí afuera, en la placita, una pequeña Edith Piaf congelada en el metal estiraba sus brazos para alcanzar la M alta, amarilla e imposible del metro. Ya casi era de noche. ¿Me iba a mostrar París, la pelirroja?

Sí. Subimos a su departamento, un minúsculo estudio sobre la rue du Capitaine Ferber. El ascensor: un beso de cuatro pisos. Ya entre los muchos libros del departamento, bajo su lamparita desnuda, yo con aznávrico fervor recomendé: *apaga la luz / jazmín y clavel / mis brazos en cruz / sueñan con tu piel*, etcétera, lo que provocó que la pelirroja se apretara contra mí, su vientre contagiándole su risa al mío, y apagase la luz para que sólo nos contorneara el débil resplandor de la calle. Luego me empujó sobre la cama y se desnudó por completo para mostrarme París: peca por peca, París, ardiendo en el fuego-pelo de mi pelirroja, en el fragante fuego de los remolinos rojos de su pelo, Moulin Rouge aquí, Moulin de la Galette más allá. Abandoné mi aliento en su oído y bajé a las cúpulas de sus pechos, los techos de sus pechos cúpulas, como las de la Sorbonne o el Panthéon, o mejor: montes, besar un monte izquierdo bajo el cual late un Sacré Cœur, basílica erguida, pezón palpitante sobre el pecho de Montmartre. Pero París me acariciaba los cabellos y casi sin presión me

empujaba hacia abajo para que soltase las cúpulas y retomara la cópula, así que, luego de rodear una fuente-omblijo del jardín de Tuileries, seguí bajando hasta la humedad del río, buscando el lugar donde irían a encallar mis besos: justo ahí, entre la Ile de la Cité y la Ile Saint-Louis, procurando el sagrado estremecimiento de nuestra señora, la pelirrouge, Notre-Dame de París, el placer de ida y vuelta, de un cuerpo a otro, los puentes cruzando el Sena. No lejos de ahí, refulgía un delicado jardín de Luxemburgo hecho de hermoso vello púbico bien cortado, que no se reveló verde, delicada excepción, sino rojo porque, sí: la mía era una pelirroja hasta las últimas consecuencias.

¡Qué bien se veía París desde mi pelirrouge! Seguí así, descubriendo en su cuerpo todos los lugares que reencontraría al volver a París en otros viajes, años más tarde, cuando ya no podría más que reconocerlos como algo visto y acariciado en un cuerpo de mujer carmín. Pero ese reencuentro no incluiría a la mujer misma porque, igual que el pintor bohemio de Aznavour, yo también *regresé a París, crucé su niebla gris y lo encontré cambiado*: mi diva tampoco estaba, nunca más volví a verla, flor inmortal de un día. Nunca volví a tomarla de la cintura para forzarla con delicadeza a que se diera vuelta, a que pusiera una mano sobre la Gare Saint-

Lazare y la otra sobre la Gare du Nord (o la de l'Est), a que afirmara una rodilla sobre la Gare de Montparnasse y la otra sobre la de Lyon, para que así, cuadrúpeda como la torre de fierro viejo, yo pudiera verle el espinazo, esa lujosa avenida de Champs Elysées que conducía hasta una entrepierna de gloria, aquel Arc de Triomphe que guardaba un fuego eterno en el que yo habría de entrar para que el placer se disparara desde esa estrella y en todas direcciones. Gemía París, mi mano cegándola, palpando los arcos rojos de las cejas arqueadas, cercanas entre sí como las puertas de St-Denis y St-Martin. Y el abrazo final, la sangre multicolor acelerada en las venas del metro y el temblor de tierra: París, los antiguos trenes entrando en las estaciones, bufando vapor; París, ciudad luz de luces apagadas. Era una fiesta, París, exhausta sobre la cama y yo igual sobre ella, mientras nos iba envolviendo la quietud necesaria para reponer fuerzas y recorrer otros caminos de la ciudad un par de veces más esa misma noche.

Cuando las horas en el reloj ya se habían borrado, cuando los cuerpos ya eran felices sólo con estar, la pelirroja derramó en mi oído, en un idioma perfecto que no era castellano ni francés, un “yo te adoro, Aznavour”. Y entonces pensé: yo también te adoro, viejo Charles de mis años más felices, que siempre me habías hecho reír

pero nunca antes habías hecho por mí tanto como hoy. Después el silencio y unas gotas de tristeza antes de dormirnos, porque en el ventanal había estrellas y entre ellas volaban, invisibles, los aviones que cosían el mundo con despedidas, tales como la que al día siguiente no se cansaría de repetirnos: se acabó, se terminó, de un gran amor el fin llegó. *C'est fini, fini, fini*, y así, y así, hasta el infini.

De *Mapamundi*.

© Martín Cristal, 2005.

www.martincristal.com.ar